

## LA TERMINOLOGIA ESPECIALIZADA

Constantino Contreras

Uno de los signos de nuestro tiempo es la proliferación de términos científicos y técnicos. No quiere decir esto que en otras épocas no se haya mostrado también el fenómeno; pero es evidente que en la actualidad asistimos a un desarrollo cada vez más acelerado y diversificado del saber y del quehacer. La diversificación de estos campos exige especialización, parcelación creciente de los objetos de conocimiento, y ello conduce forzosamente a la creación de terminologías que cumplan una función conceptual lo más precisa posible dentro de cada parcela. Este propósito no siempre se cumple, pero al menos es una aspiración que de modo constante se tiene presente.

El lenguaje siempre parece limitado para aprender la realidad y muchas veces se suscitan discusiones acerca de las denominaciones elegidas. Ya para la identificación del problema que aquí se expone, como fenómeno generalizado, se advierte que no existe consenso. Algunos autores denominan "tecnicismos" a estas modalidades lingüísticas; otros hablan de "terminología científico-técnica". Pero estas denominaciones parecen quedar siempre estrechas, pues -además de las ciencias

y de las técnicas- existen otros campos importantes, como la filosofía, las artes, la jurisprudencia, que también tienen un léxico especializado. Hablar de "terminología especializada" o "terminología de las especialidades" parece más preciso; pero hay quienes prefieren denominaciones más innovadoras, como "metalengua", "metalenguaje" o "tecnolectos".

En un libro importante, por la sabiduría que contiene, se habla de "lenguas técnicas" o "lenguas técnicas científicas" por oposición a la "lengua común" o "lengua de la comunicación diaria".<sup>1</sup> Pero, en realidad, no se trata de lenguas distintas, pues difieren sólo en su vocabulario y no en otros niveles de estructuración lingüística. Las pretendidas "lenguas técnicas" se distinguen de la "lengua común" únicamente en que aquéllas tienen un vocabulario especializado, es decir, privativo de los grupos de especialistas en tal o cual materia, en tanto que la lengua común tiene un vocabulario destinado a ser funcionalmente compartido por todos los miembros de la comunidad.

En qué medida difieren tales terminologías de las "palabras usuales" es algo que ha preocupado teóricamente al lingüista Eugenio Coseriu, quien sostiene que las palabras de la lengua común están estructuradas por relaciones semánticas internas y no por su corres -

pondencia estricta con las cosas designadas; en cambio, las terminologías (científicas, técnicas, etc.) delimitan la realidad de manera objetiva y precisa y, en tal sentido, son nomenclaturas. Frente a la visión intuitiva y espontánea de la realidad a que responden las palabras del lenguaje ordinario, las nomenclaturas obedecen a una aprehensión analítica y objetivamente valorada de la realidad.

Véase aquí un fragmento de esta postura:

En parte, las terminologías no están "estructuradas" en absoluto (son simples "nomenclaturas" enumerativas que corresponden a delimitaciones de los objetos) y, en la medida en que lo están, su estructuración no corresponde a las normas del lenguaje, sino a los puntos de vista y a las exigencias de las ciencias y de las técnicas respectivas, que se refieren a la realidad misma de las cosas.<sup>2</sup>

Sin embargo, no siempre se puede establecer un límite tajante entre el léxico ordinario y las terminologías especializadas. Esto sucede toda vez que ciertos términos que nacen en un ámbito especializado pasan a la lengua común y, a la inversa, cuando ciertos vocablos de la lengua común pasan en un momento dado a funcionar como términos especializados. Así, propaganda y fomentar eran originariamente términos del ámbito eclesiástico y médico, respectivamente, y han pasado a ser vocablos comunes; argumento procede del campo filosófico; humor, del campo médico; privilegio, del jurídico.

De otra parte, foja, forma antigua, seguramente común (de ahí hoja), ha quedado con vitalidad sólo en el léxico jurídico, así como ha quedado también la forma de tratamiento para el magistrado usía (procedente de vuestra señoría). La historia de la lengua puede suministrar muchos ejemplos; pero hay otros casos en que se puede advertir -en perspectiva actual- que un mismo vocablo funciona simultáneamente en la lengua común y en un campo especializado. Palabras como incógnita, embrión o coyuntura entran en esta categoría: funcionan tanto en la lengua diaria como en los campos de las matemáticas, biología y economía, respectivamente. Claro está que en cada ámbito funcionan con acepciones distintas, precisadas por el contexto.

Con estas y otras dificultades se encuentran a menudo los lexicógrafos, es decir, los especialistas en la elaboración de diccionarios.

Se ha observado, por otra parte, que si bien algunos términos especializados tienen su origen en formas de la lengua diaria, una proporción mayor reconoce su origen en elementos lingüísticos grecolatinos (palabras, raíces, afijos) rescatados de la tradición cultural clásica. En general, muchas lenguas modernas han heredado la facultad de formar neologismos especializados de base griega y latina, introduciendo sólo algunas

modificaciones fónicas. A veces también tales lenguas forman y difunden nuevos términos especializados a partir de elementos propios. La terminología de los oficios artesanales y asimismo las jergas descansan casi exclusivamente en modificaciones populares de palabras vernáculas mediante procedimientos asociativos muy simples. El léxico de las técnicas más desarrolladas y de las ciencias, por el contrario, tiene una ascendencia más compleja. Algunos autores consideran que casi la mitad del vocabulario científico ha sido aportado por el griego. "Hacer una nómina de los principales tecnicismos extraídos del latín o del griego, sería trabajo interminable", reconoce -con razón- Julio Fernández-Sevilla en una obra sobre lexicografía.<sup>3</sup> Basten aquí algunos ejemplos de helenismos, como muestra: batracio, hípico, cinagético (de la zoología); anestesia, antibiótico, estetoscopio (de la medicina); asíntota, epicicloide (de la geometría); asteroide, cosmos (de la geografía); aporía, sinopsis (de la filosofía); ábside, tríptico (del arte y la arquitectura); manía, psicoanálisis (de la psicología); etc.

Algunos sufijos muy utilizados en la formación de términos de las ciencias reconocen una definida filiación griega. Tal es el caso de -logía, -grafía, -nomía, -itis, -osis, -algia, que están presentes en términos como ecología, semiología, demografía, taxono-

mía, artritis, cistitis, cianosis, neurosis, cefalal-  
gia.

La terminología de base griega abunda particularmente en medicina, pero otras especialidades -como se ve- no están exentas de tal recurso. En lo que respecta a los nombres científicos de las especies, ellos son, por lo general, más latinos que griegos y pretenden tener validez universal. Botánicos y zólogos consideran a Carlos Linneo, naturalista sueco del siglo XVIII, como el creador de los binomios terminológicos para designar las especies de plantas y animales, esto es, la utilización de dos palabras latinas o latinizadas para la nomenclatura de las especies: el nombre del género, seguido por un nombre específico.<sup>4</sup> Desde entonces otros especialistas han empleado el mismo procedimiento. A veces han empleado palabras no latinas, pero latinizadas mediante un sufijo. Así, frente a formas plenamente latinas como Canis familiaris (perro) o Pinus insignis (una variedad de pino), algunas denominaciones presentan, por ejemplo, la especificación mediante un término latinizado: indicus, chilensis, magallanicus, etc. Incluso algunas denominaciones tienen en coexistencia elementos latinos e indígenas no latinizados. Ejs.: Centaurium cachanlahuen, Tectoria calahualla, etc. Muchas veces también se suele agregar el apellido del nominador o su abreviatura.<sup>5</sup>

La nomenclatura de las especies es un caso típico de código altamente especializado, como lo es también la terminología de la química, cuyo conjunto ha sido estimado en varios millares de denominaciones. La química abunda en fórmulas que representan -como el concepto mismo lo indica- simbólicamente la composición de un cuerpo por medio de letras y signos determinados; pero también abunda en larguísimos nombres que resultan prácticamente inaccesibles para el profano. He aquí dos ejemplos de la química farmacéutica: hidroclorotiazida, monofluorofosfato. En consecuencia, los laboratorios, para la comercialización de los fármacos, recurren a la creación de nombres más breves y de fácil retención.

Las fuentes de creación de la terminología especializada son varias. La grecolatina es seguramente la principal, pero otras lenguas han influido también en aspectos puntuales y de diversa manera según las épocas. La astronomía y las matemáticas acogieron en el medioevo algunas palabras de origen árabe, tales como nadir y cenit; álgebra, cifra, algoritmo, guarismo. Los árabes aportaron también términos usados en alquimia, la antesala histórica de la química: alquitara, alambique, redoma, álcali, etc.<sup>6</sup> Ciertos términos de la física moderna proceden del apellido de destacados especialistas europeos: ohmio y hertz o hertzio (de los alema-

nes Ohm y Hertz), amperio (del francés Ampère), wat o vatio y faradio (de los ingleses Watt y Faraday), vol-taje y galvanómetro (de los italianos Volta y Galvani).

Es observable también que una determinada corriente de pensamiento es denominada a partir del nombre o apellido de un autor representativo. Así, por ejemplo, en filosofía, platonismo, neoplatonismo, krausismo, kantismo, etc. En otros casos, una corriente filosófica, una tendencia estética o una escuela teórica de otro campo puede ser denominada a partir de otras bases totalmente diferentes: positivismo, existencialismo, estructuralismo, etc. Denominaciones como fauvismo y dadaísmo obedecen a motivaciones bastante singulares y anecdóticas. El elemento común es el sufijo -ismo, especializado para la formación de estas denominaciones. Hace algunas décadas el catalán Juan Eduardo Cirlot publicó un interesante Diccionario de los ismos, pero seguramente ya ha quedado estrecho para contener las diversas tendencias intelectuales contemporáneas.

La pedagogía emplea varios términos procedentes de formas grecolatinas, algunos de viejo cuño como el que define la especialidad misma y otros de formación más reciente: politécnica, episcopio, epidiascopio, autismo, emulación, puerocentrismo, parvularia, etc. Pero también ha recibido en los últimos tiempos la in-

fluencia angloamericana a través de algunos términos, como test y behaviorismo. Este último término suele encontrarse en algunos textos con la forma adaptada behaviorismo o traducido con las formas "psicología del comportamiento" o conductismo. El término feed-back, procedente de la cibernética, ha sido traducido como retroacción, retroalimentación o retroinformación para indicar la 'información de retorno o de refuerzo'.<sup>7</sup> El input y el output de la cibernética han repercutido también en muchos campos. Así como la lexicografía habla de "entradas léxicas" de un diccionario, la pedagogía habla de "conductas de entrada" y "conductas terminales" y en un libro de materias lingüísticas encontramos las traducciones aducto/educto (términos procedentes de las ciencias naturales) con referencia a la 'información que entra' y a la 'información que sale' en el proceso comunicativo.

Como se puede notar, algunos términos consagrados en una especialidad trascienden luego su propio campo y son acogidos por otras especialidades donde adquieren diferentes valores semánticos. Este es otro aspecto de su dinamismo: la transferencia desde un campo especializado a otro. El término sinergia, por ejemplo, que en fisiología se refiere al 'curso activo y concertado de varios órganos para realizar una función' ha pasado a la moderna teoría de sistemas y de ahí a

otros campos del conocimiento, entre éstos la sociología.<sup>8</sup> El término diagnóstico procede de la medicina clínica y es empleado con distintas acepciones en psicología y en el campo pedagógico.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Lo que interesa destacar ahora es que las especialidades constituyen un venero inagotable de renovación y de incremento del léxico y parte de éste trasciende la especialidad misma en la medida en que se difunden los hallazgos científicos y tecnológicos o en la medida en que los hechos de la cultura desarrollada llegan a través de la educación hasta los sectores menos cultivados. Con todo, gran parte de la terminología especializada permanecerá en el círculo del especialista. Todo estudiante se encuentra con términos especializados en su proceso educativo y ese encuentro se va acrecentando progresivamente. Cuando ingresa en un estudio superior se encuentra con nomenclaturas que a veces le producen desconcierto, por su cantidad, y, sobre todo, porque tras las palabras están los conceptos que delimitan aspectos específicos de la realidad estudiada. Y la especialidad exige mayor rigor.

El desarrollo de escuelas y tendencias dentro de un mismo campo de estudio y la urgencia competitiva de los especialistas aceleran los cambios y las

innovaciones. De ahí ha surgido la necesidad de los diccionarios técnicos o especializados. El diccionario académico contiene sólo una parte del vocabulario de las especialidades. Sus 80.000 "entradas" léxicas (de las cuales un hablante medio emplea una mínima parte) no refleja tampoco el vocabulario realmente empleado en la actualidad, pues contiene muchas palabras que han caído en desuso. Por eso, Julio Cortázar, le llamaba el "cementerio" de las palabras. Se puede decir que en la actualidad casi todo campo especializado cuenta al menos con un diccionario de términos específicos; cuando no, con algún glosario. Tales instrumentos muchas veces corren el riesgo de quedar estrechos a corto plazo. La lexicografía en estos dominios es también una especialidad relativamente reciente.

Tengo a mano uno de los varios diccionarios que han aparecido en los últimos años sobre la terminología de la lingüística.<sup>9</sup> Contiene 1.297 palabras, cifra bastante alta, aunque su autor declara que se ha limitado sólo a consignar la terminología más segura y generalizada de la especialidad y que un diccionario más incluyente podría abarcar, sin mayores esfuerzos de recopilación, unos 4.000 o 5.000 términos. Si algo similar sucede en otras especialidades, la lexicografía relativa a las ciencias y las técnicas reclamará muy pronto el concurso de los ordenadores electrónicos,

instrumentos que ya están siendo utilizados en la elaboración de diccionarios del léxico común y diccionarios históricos de algunas lenguas.

La proliferación de terminología especializada comienza a despertar preocupación entre los mismos especialistas, por su aspecto cuantitativo, pero también desde un punto de vista cualitativo, pues junto a neologismos que se justifican plenamente surgen otros que no responden a una real necesidad conceptual. Georges Mounin<sup>10</sup> -que previene frente a lo que llama "neologitis" o "babelismo terminológico" -cita a algunos autores que han introducido neologismos técnicos, que no significan siempre un verdadero aporte a la rigurosidad conceptual: neologismos para realidades ya definidas y acotadas. El fenómeno es detectado no sólo en investigadores jóvenes, con impulsos de originalidad, sino también en algunos autores consagrados. Mounin menciona casos extremos de innovaciones terminológicas desacertadas, que por suerte -según su opinión- no se han difundido más allá de los intereses del propio innovador. A veces un mismo término extranjero se traduce de manera distinta según el traductor que intervenga y esto complica más la situación, pues el término especializado debería ser inequívoco.

La situación repercute también -y de modo

inevitable- en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Y surge, en consecuencia, la necesidad real de buscar un equilibrio entre el manejo de la terminología especializada y la utilización de palabras familiares. Al fin y al cabo, los elementos del léxico común intervienen de manera decisiva en la formación de conceptos y en todo proceso de decodificación.

NOTAS Y REFERENCIAS

1. W. Porzig, El mundo maravilloso del lenguaje, Madrid, Gredos, 1964, pp. 262-264.
2. E. Coseriu, Principios de semántica estructural, Madrid, Gredos, 1977, p. 96. En esta obra y en otros estudios, Coseriu establece la necesaria distinción entre "designación", "significado" y "sentido".
3. J. Fernández-Sevilla, Problemas de lexicografía actual, Bogotá, Inst. Caro y Cuervo, 1974, p. 151.
4. H. Gunckel L., "El idioma mapuche en la nomenclatura botánica chilena", Revista Universitaria, Univ. Católica de Chile, 1965-1966, p. 122.
5. Gunckel, op. cit., passim.
6. R. Lapesa, Historia de la lengua española, Madrid, Gredos, 9ª. ed., 1981, p. 137.
7. Cfr. M. Laeng, Vocabulario de Pedagogía, Barcelona, Herder, 2ª. ed., 1979; cfr. también F. I. Céspedes y L. Rivera, Glosario de tecnología educativa, Univ. de Chile, 1976.
8. G. Negggers, Vocabulario culto, Madrid, Playor, 6ª. ed., 1981, p. 129.
9. G. Mounin, Diccionario de Lingüística, Barcelona, Labor, 1979.
10. Mounin, op. cit., Introducción, pp. XI-XXX. Cfr. la opinión de Hans Arens, quien, después de escribir dos amplios volúmenes sobre el desarrollo de los estudios lingüísticos (La Lingüística, sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días. Madrid, Gredos, 1975), hace notar la falta de una terminología unívoca en la ciencia del lenguaje (vid. el Epílogo, t. II, pp. 969-972).